

FACTORES CURATIVOS EN LOS GRUPOS TERAPÉUTICOS DE NIÑOS Y ADOLESCENTES *

Lic. Ona Sujoy

Desde las primeras experiencias grupales en el tratamiento de niños (Slavson en 1940) se ha venido desarrollando una amplia gama de enfoques, métodos y técnicas que han constituido

variadas corrientes de pensamiento y práctica y ha sido dentro de los modelos psicoanalíticos donde la controversia fue mayor, probablemente porque transgrede la exclusividad del modelo de la cura y las fronteras clásicas del psicoanálisis.

Hacer consciente lo inconsciente y resolver la transferencia. ¿Qué tipo de tarea psíquica va a realizar el niño o el adolescente en un grupo que le permita alcanzar estos objetivos de la cura?

Cuando tratamos a un niño o a un adolescente tenemos que tener presente que tratamos con un psiquismo en formación: un psiquismo que tiene su origen en la relación con un Otro.

El niño depende absolutamente de otros para poder sobrevivir. Aquello que lo caracterizará como ser humano, es el desarrollo de su aparato psíquico que lo diferencia del resto de las especies: un aparato que requiere ser significado para poder desarrollarse. Esta función vital se realiza por el establecimiento de un vínculo que se constituye en el centro operativo de la construcción del órgano mental. Pasamos, entonces, de una teoría centrada en los impulsos en su interrelación con el medio a pensar en el vínculo como constituyente de una matriz que posibilita el crecimiento psíquico y funda el sostén de su organización.

En esta matriz vincular, que describí en un trabajo anterior, como continuación de la matriz biológica, se irán conformando los modos de vinculación con el mundo, en su práctica y experimentación, en su posibilidad de lograr una identidad, en los despegues sucesivos necesarios en el desarrollo y en la incorporación y transformación de la realidad. Como señala Kaës: "ni uno sin lo otro". No podemos pensar en organizadores del psiquismo independientemente de los organizadores del vínculo.

La articulación entre el psiquismo individual y la organización psicosocial, es decir entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo lleva a reconsiderar el status del vínculo, ya que lo entendemos presente desde las primeras operaciones del pasaje de lo biológico a lo psicológico. Dicha articulación requiere en cada momento de la estructura, espacios y funciones que actúen como intermediarios. Cuando Winnicott plantea el concepto de objeto intermediario, apunta justamente a la función de puente que vincula la actividad fantasmática con el mundo de los objetos nuevos, generando el despliegue de funciones que elaboran los vínculos intrapsíquicos e interpersonales. Y en este sentido Kaës propone el grupo como un espacio transicional, que asegura la mediación entre el Universo intrapsíquico y el universo social. Al reproducir la estructura escénica del fantasma en el mundo de los objetos externos (la estructura de roles, señala Bernard) el grupo se constituye en espacio intermediario. Desde una perspectiva estructural el fantasma mismo está estructurado como un grupo.

Esta presencia actuante del vínculo desde los comienzos de la actividad mental y por lo tanto de las formaciones del inconsciente, así como la propuesta de Kaës de conceptualizar el grupo como una organización transicional, me parecen particularmente útiles para abordar el tema que hoy nos convoca.

Creo que la mayoría de los terapeutas de niños y adolescentes que incursionamos en la terapia grupal quedamos en un principio asombrados y maravillados con los resultados terapéuticos: cambios en la conducta y desaparición de síntomas en un corto lapso así como también la rápida disolución del grupo por deserción en otros casos.

¿Qué hace que un grupo se organice, consolide y promueva cambios? ¿Qué aspectos del dispositivo grupal facilitan la apertura al camino de la cura? Y los cambios que presenciamos ¿son producto de la elaboración de antiguos conflictos, de modificaciones intrasistémicas en el seno de la estructura psíquica? O bien facilitamos la aparición de funciones estancadas y *observamos* el crecimiento y organización de una estructura, empujada por la fuerza de la maduración y el desarrollo, que "toma" elementos del proceso grupal para realizar su despliegue y consolidación?

He tratado de establecer algunas de las variables que contiene el dispositivo grupal y que podrían considerarse aspectos relevantes en cuanto pivotes del proceso terapéutico.

Hay factores curativos generales a todo grupo terapéutico y hay factores específicos en los grupos de niños y adolescentes tomando en cuenta las modificaciones del dispositivo en función de las características particulares de las etapas que atraviesan y su estructura diferencial.

Veamos primero algunas relaciones entre el dispositivo y las especificidades evolutivas. Plantear el grupo terapéutico como un espacio de transicionalidad, como una organización mediadora entre lo intrapsíquico y lo socio-cultural remite a analizar los fenómenos transicionales que operan desde la estructura más íntima del psiquismo en sus etapas de formación. El grupo sería entonces un lugar apto para el despliegue de los vínculos primarios y secundarios, de lo viejo y de lo nuevo, del mundo imaginario y el mundo real de los objetos nuevos, de lo imposible y lo posible, lo permitido y lo prohibido, la progresión y la regresión.

La infancia es un período en el que las posibilidades de simbolización e interpretación de los hechos está teñida por el vínculo actual y actuante en la producción del modelo, así como por los recursos funcionales del aparato en cada momento del desarrollo.

La dependencia constituye una de las características centrales del ser humano durante un largo período e impone la necesidad del vínculo, como lo señalé al comienzo. Cualquier situación nueva para el niño, ya sea cambios en la economía pulsional como exigencias del mundo externo, le plantea la construcción de un nuevo modelo para poder representarlo, recurriendo a la *representación* de vínculos anteriores, a la organización de la fantasmática elaborada hasta ese momento y a la interpretación que la figura adulta significativa le proporciona. No puede utilizar solamente sus experiencias anteriores para hacer una lectura de las actuales ya que su organización psíquica inmadura se encuentra en construcción y por lo tanto en constante cambio. Acude en busca del grupo interno de sus padres donde ha sido instalado por ellos mismos y de quienes obtiene significaciones que modelan su apreciación del mundo y de sí mismo.

Las construcciones ilusorias que hace el niño, van a la búsqueda de objetos externos que reflejen, reproduzcan y garanticen la escenificación del deseo. En este sentido, el grupo engendra un espacio de intermediación a la práctica del despliegue imaginario.

La adolescencia ha sido analizada y conceptualizada desde las más variadas vertientes.

Podemos pensarla, como etapa de crisis evolutiva, como un desorden transitorio de identificaciones imaginarias. Y en este sentido es una etapa de búsqueda de recursos nuevos que funcionen como intermediarios.

Todos aquellos vínculos que establecieron las bases para los procesos identificatorios pierden sustento frente a las necesidades adolescentes de metabolizar nuevas experiencias tanto a nivel del cuerpo como de la imagen que la previa organización identificatoria ya no sostiene.

Esta fragmentación de representaciones infantiles necesitarán un largo proceso que las resigne y le dé un sentido para lograr una nueva organización a un contenido imaginario que permita incluir objetos actuales tan distintos de los que quedaron atrás.

Debe operar a partir de funciones que posibiliten la transformación de datos de la experiencia psicosocial en representaciones de vínculos que armonicen y encuentren un espacio en la reorganización de su grupo interno.

El *agolpamiento* de todas las estructuras transitadas caracteriza la turbulencia emocional del adolescente.

Recrudescen y se desorganizan los equilibrios que el psiquismo había logrado en cada etapa de su construcción presionado por una parte por la fuerza de una nueva actividad sexual y por la presión que ejerce la apertura del mundo de los adultos que les exige ingresar.

El entorno cambia. Nuevas leyes, códigos que regulan los vínculos, espacios sociales que se ofrecen como modelos de actividad, mitos y creencias acerca de la adolescencia.

Se observa que la actividad fantasmática adquiere proporciones desmesuradas.

El psiquismo del adolescente necesita nuevamente un lugar de transición donde poder reorganizar viejos sistemas que ya no le sirven porque no lo reflejan y ubicar las nuevas funciones y objetos que se le imponen por efecto mismo de la maduración.

Aquí quiero mencionar cuatro factores curativos desarrollados en un trabajo por Puget y Bernard: a) reconocimiento de las diferencias, b) confrontación de teorías, c) malentendido, d) modelos identificatorios.

Quiero señalar que la intensa búsqueda de modelos identificatorios, especialmente en la adolescencia, hacen que el contexto socio-cultural adquiera una fuerza particular en la utilización de símbolos que se le proponen, (desde la propaganda por ejemplo) que facilitan y apuntan a un pseudo-reconocimiento con el otro.

Sin embargo el chico busca la similitud y al mismo tiempo necesita fortalecer los límites de su yo.

Asistimos en los grupos a fenómenos de intensa fusión, en los que quedan abolidas las diferencias a procesos que se denominan fuga en la adultez, caracterizados por la hiperdiscriminación. El trabajo grupal se dirige en este sentido a analizar el establecimiento del vínculo, sirviendo de soporte ante el doloroso proceso de despegue y discriminación y aportando variados modelos identificatorios que puedan llenar el vacío o reemplazar aquellos que producen perturbación.

Quiero mencionar dos factores que no han sido explorados en la bibliografía sobre el tema y que a mi juicio merecen jerarquización conceptual.

1. El grupo como facilitador de fenómenos regresivos y progresivos.
2. El grupo como significador de una estructura de cambios acelerados.

1. Fenómenos progresivos y regresivos.

Si pensamos que la estructuración psíquica se produce precisamente por la existencia de un vínculo que es parte misma del proceso de desarrollo y motor del mismo, debemos suponer que cualquier situación que produzca la movilización del sistema vincular, imponiendo o favoreciendo la existencia de nuevas configuraciones y entramados vinculares, implica la presencia de factores progresivos que lo permitan.

Cuando una persona (niño, adolescente o adulto) entra a un grupo, se enfrenta a una situación nueva: mira y es mirado, habla y es hablado, demanda y es demandado y no sabe qué mira o ve el otro de él: Sus apoyos se diluyen y tiene que intentar algo para reconocerse, que existe, que su mundo no se disuelve en esta extrañeza múltiple. Recurre entonces a modelos anteriores, ya conocidos, tratando de reproducirlos en esta nueva situación en el intento de sostener su mundo interno, amenazado por la desaparición de sus referentes. Aquí se produce un primer movimiento de regresión. Este movimiento regresivo es sumamente intenso en los grupos de niños y adolescentes, justamente porque es una vía facilitada por la etapa que atraviesan. La problemática de cada niño se despliega y agranda como en una lupa porque se manifiesta dramáticamente a través del juego. El niño cuenta poco sus problemas porque los juega en el contacto grupal.

La intensidad del impulso se multiplica y potencia en cadena y por lo tanto se convierte en una fuerza más poderosa que las defensas que el yo de cada uno pueda ofrecer.

Tan es así, que muchos terapeutas infantiles, abandonaron la tarea grupal por la predominancia frecuente de las manifestaciones impulsivas más primitivas desde destrozos de muebles y material de juego hasta enchastres de todo tipo y riesgo físico para niños y terapeuta.

Afortunadamente hace mucho que viró el concepto de igualar asociación libre con acción libre y la puesta de límites ya no es pensada como una intervención pedagógica y cercenante sino necesaria terapéuticamente ya que permite la emergencia mediatizada del material inconsciente.

O sea que el grupo, si bien provoca la regresión, necesita por otra parte de continencia, limitación, que favorezca la posibilidad de elaboración secundaria, el pasaje a la representación y verbalización. Si no, el dispositivo se transforma en uno de "acción libre" que no conduce al desarrollo, enriquecimiento y diferenciación del argumento psíquico.

Y es precisamente esta limitación, que debe formar parte del dispositivo, la que provee la base para que se pongan en marcha las tendencias progresivas, que implica el desarrollo de nuevas funciones y posibilidades de simbolización y el establecimiento de algún tipo de estrategia diferente para enfrentar lo desconocido.

En los grupos de adolescentes predomina en esos casos el acting out.

Al producir regresión, entonces, el grupo favorece la desestructuración de funciones que se hallaban cristalizadas y producían sintomatología y simultáneamente, las tendencias progresivas presionan a organizar nuevas defensas, relaciones intra e intersistémicas y a buscar apoyo en nuevas organizaciones de la estructura identificatoria.

Tanto la progresión como la regresión son procesos inherentes al desarrollo del niño y del adolescente y en este sentido el grupo actúa como potenciador de estos procesos.

Los movimientos progresivos y regresivos son en la infancia y adolescencia, uno de los ejes privilegiados para la circulación, articulación, composición y recomposición de los procesos psíquicos en formación y desarrollo. Todo logro o nuevo aprendizaje implica un reacomodamiento de toda la estructura: las relaciones con los objetos, los canales de descarga pulsional, el equilibrio de las defensas instrumentadas, los mitos y creencias, las identificaciones.

La posibilidad de ida y vuelta de modelos nuevos a viejos es una constante durante el crecimiento que garantiza la incorporación del objeto nuevo y su discriminación.

Estas tendencias (progresivas y regresivas) son mucho más intensas en la niñez y la adolescencia de lo que serán el resto de la vida del individuo, precisamente porque son inherentes al desarrollo del psiquismo y en especial a la búsqueda permanente de nuevos referentes que sean sólidos para una apoyatura yónica que tambalea ante cada cambio.

Hay dos aspectos curativos incluidos en la exposición que acabo de realizar que quisiera destacar:

- a) el dispositivo grupal fortalece la tolerancia a la frustración y
- b) el factor de continencia que provee.

Una vez que pasó la primera desorganización, el grupo comienza a operar como proveedor de un espacio que delimita al yo. Las múltiples posibilidades que ofrece se constituyen también en diversos elementos de apoyo a los variados aspectos del yo y de la expresión del deseo a través de sus manifestaciones y escenificación en el interjuego de los vínculos y sus roles.

Opera como un doble continente ya que incluye el mundo adulto a través de la figura del terapeuta y el mundo infantil o adolescente, en los pares.

2. Significador de una estructura de cambios acelerados.

La desorganización y reorganización de distintos tipos de vínculos entre los miembros de un grupo, corre pareja con la velocidad de cambio de la economía pulsional por un lado y la flexibilidad y puesta en funcionamiento de nuevas defensas por el otro.

Vemos al adolescente especialmente, recorrer hacia atrás y hacia adelante las etapas de su desarrollo infantil frente a la extrañeza de un cuerpo que se modifica día a día y a la turbulencia emocional desatada por impulsos que no puede discriminar.

El terapeuta (adulto) así como les sucede a los padres, muchas veces no puede seguir el ritmo del chico. La velocidad del cambio imprime la relación distancias a veces insalvables.

Los chicos, que comparten las características de este proceso (y por eso es tan importante la selección por edades parejas) están más capacitados en general, que el terapeuta, para acompañar y dar significación al salto continuo y veloz de los vaivenes inconsciente y sus manifestaciones, que surgen en cada uno de ellos.

He señalado en otro trabajo que en muchos casos la sintomatología infantil responde a una estructuración deficiente de funciones porque no logran reconocimiento y por lo tanto, significación operativa en la matriz vincular.

Por eso quiero aclarar que cuando hablo de significador, me refiero a un operador que provee significados.

H. Bleichmar plantea el grupo como un sistema de intercambio de reconocimiento narcisista. Esta necesidad de ser reconocido, yo diría significado, adquiere mayores posibilidades en el grupo, por la presencia de pares que procesan a un ritmo parecido la aceleración de las manifestaciones inconscientes y los cambios que se producen en la estructura.

Para finalizar, quisiera plantear dos cuestiones problemáticas en los grupos de niños y adolescentes.

La primera se refiere al riesgo del factor alienante, homogeneizador de los grupos, especialmente en una etapa en que el adolescente busca el logro de la individuación, la discriminación de los objetos internos y sus vínculos y la reubicación de los ideales.

En segundo lugar cómo evitar o paliar el efecto iatrogénico en cuanto al desarrollo de funciones que madurativamente no corresponden al momento evolutivo como consecuencia de las necesidades terapéuticas e interpretativas, por ejemplo la racionalización e intelectualización en la latencia o el forzamiento por la presión grupal de una solución simbólica que rigidece a un yo que no está en condiciones de realizarla.

BIBLIOGRAFÍA

Anzieu. D. *El Yo piel*. Biblioteca Nueva. Madrid 1987

Aulagnier, P. "Condenado a invertir". *Novelle Revue de Psychanalyse* N°25 1982.

Bernard. M.; Puget. J. "Aspectos de curabilidad en grupos terapéuticos". *Rev. AAPPG. Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo IX. Nro. 1, 1986.

Bleichmar, E. "Psicoterapia de grupos de niños", *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo AAPPG*, tomo XI. Nro. 1, 1988.

Bleichmar. H. *El narcisismo*. Ed. Nueva Visión. Bs. As.. 1983

Freud. A. *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente. Cap. 12, Paidós. Bs. As., 1976*

Kaës. R. *El aparato psíquico grupal. Granica Editor. Barcelona, 1977*

Sujoy. O. "Análisis temprano en niños". Presentado en el Congreso del Niño. Universidad de Belgrano. Buenos Aires, 1982.

Sujoy O. "Los grupos terapéuticos de padres: apertura al objeto nuevo". *Libro de las 5tas.*

Jornadas APPG 1989. Winnicott. D. Realidad y Juego.

RESUMEN

Se considera que el vínculo está presente desde las primeras operaciones del pasaje de lo biológico a lo psicológico y es por lo tanto, centro operativo de la construcción del psiquismo.

Se plantean las particularidades del dispositivo grupal en relación a la estructura diferencial de cada etapa.

Se desarrollan, entre otros, algunos factores curativos específicos de los grupos de niños y adolescentes.

* Trabajo presentado en el Ciclo Anual de Actividades Científicas de la AAPPG Abril 1990